

# EL ESCRITOR EN LA URSS

La tarjeta de visita está escrita en inglés por una de las caras: Yuri Surovtsev, secretario of the Board URSS Writers Union (secretario de la Unión de Escritores Soviéticos); por la otra cara, dice exactamente lo mismo, sólo que en caracteres cirílicos. También el acompañante del crítico Surovtsev nos ofrece su

tarjeta: José Noneshvili, poeta, rexa en castellano. Y un poco más abajo, sus señas: calle Kekelidze, 14. Tbilisi, Georgia, URSS. Al final de nuestra entrevista con ambos personajes, Surovtsev protestará porque no hemos hablado de intercambios culturales, que es lo que han venido a hacer a Madrid.

**¿**Cuál es el papel del escritor en la sociedad soviética? ¿Qué lugar ocupa en la escala de prestigio social?

Y. S.—Es un papel multifacético. Antes de nada, se trata de un artista, de un creador de obras literarias, sin las cuales no existiría, en nuestra opinión, vida espiritual. Esa labor de creación es absolutamente insustituible. De ahí la alta estima de que goza el escritor entre nosotros.

Al mismo tiempo, sin embargo, en una sociedad socialista, el escritor no puede limitarse a ser simplemente eso: escritor. Para nosotros, es sumamente importante la actividad social y civil del artista. No es de extrañar por eso que haya en la URSS muchos escritores que son al mismo tiempo diputados, hombres públicos, periodistas, etcétera. El escritor debe hacerse eco de aquellos problemas que preocupan a la opinión pública de su país: desde los económicos hasta los éticos. Lo cual está en consonancia, además, con nuestra tradición. En nuestra literatura, los grandes escritores han sido siempre una especie de guías espirituales, de maestros de la vida.

—Usted habla de escritores que son al mismo tiempo diputados. Nosotros tenemos una experiencia negativa de ese abrazo entre la literatura y el poder. El arte auténtico, ¿no es también —aunque no necesariamente— oposición, crítica del poder en su sentido más amplio?

Y. S.—No pienso que pueda plantearse el problema en esos términos. Depende de qué "intelligentsia" creadora y de qué poder esté usted hablando. Cuando se trata, como en nuestro caso, de un poder socialista, los escritores se sienten identificados con él, aunque —claro está— no hayan sido elegidos diputados. Pero aquí tiene usted a José Noneshvili, que es un gran poeta georgiano, al que, por sus méritos artísticos, sus conciudadanos eligieron para que los representase en el Soviet Supremo.

J. N.—Efectivamente, soy diputado por Georgia, de lo cual me enorgullezco. Aunque también siento una gran responsabilidad. Cuando me eligieron mis conciudadanos, yo tenía ya publicados más de cuarenta libros en georgiano, libros que han sido traducidos a otras lenguas de la URSS y también extranjeras. Quiero decir con esto que se fijaron en mí porque me conocían como poeta. En mi calidad de diputado, me ocupo de cuantos problemas, sobre todo culturales, exigen solución en mi comunidad. En la ciudad donde vivo existe ya una casa de la cultura, pero quiero que haya también un cineclub, un teatro...

—Lo que yo querría decir antes es que cuando la literatura se oficializa, pierde



José Noneshvili.



Yuri Surovtsev.

su componente crítico, se vuelve, por así decir, conservadora...

Y. S.—Si usted examina nuestras publicaciones, como "Literaturnaya Gazeta", verá que no hay número en que no aparezcan críticas de cuanto hay de criticable en el sistema. Pero esa idea suya de que el escritor tiene que ser siempre rebelde, nosotros sencillamente no la aceptamos.

—¿Cómo no atribuir, por ejemplo, a ese conservadurismo estético y ético, el que en la URSS no se aceptará fácilmente a escritores contemporáneos que hace tiempo que son ya clásicos entre nosotros: Kafka, Joyce, Samuel Beckett...?

Y. S.—¡Pero si todos esos autores están traducidos! El "Ulysses", de Joyce, lo está incluso al georgiano.

—Sí, pero cuando unos escritores actuales se salen de los carriles oficiales y publican, como ocurrió recientemente, una especie de almanaque "underground"—el término ruso sería "samizdat"—, las autoridades, incluidas las literarias se lo censuran. Aunque entre esos escritores haya algunos tan conocidos como Voznesensky y Bella Ajmadulina.

Y. S.—El almanaque a que usted se refiere fue un intento por parte de un grupo de desaprensivos de utilizar los nombres de algunos escritores ciertamente populares en nuestro país, como los que usted ha citado, para hacerse autopublicidad. El almanaque no fue prohibido. Pero a sus autores se les explicó que si querían ver publicadas sus obras, tendrían que seguir el camino que siguen los más de ocho mil miembros de la Asociación de Escritores Soviéticos: acudir a una editorial o a una revista estatales. En nuestro país no las hay privadas. Algunas de las obras incluidas en ese almanaque, que han sido valoradas positivamente por los críticos, van a ser publicadas. Otras han sido rechazadas por su nulo valor artístico o porque eran sencillamente pornografía, lo que está prohibido en la URSS.

—Pero usted sabe que también el "Ulysses", de Joyce, fue considerado un libro obsceno en su momento. Incluso tuvieron que intervenir los jueces.

Y. S.—El "Ulysses" se tradujo entre nosotros en los años treinta, igual que Proust, al que prologó Lunacharsky.

—Exactamente, también en España se publicaron durante la República muchas obras, que luego serían prohibidas por la censura franquista.

Y. S.—Bien, habrá que esperar, en cualquier caso, a que cambien nuestras nociones sobre pornografía. Lo que puedo decirle es que el espectáculo que ofrecen sus quioscos de prensa con tantas revistas obscenas no se producirá nunca entre nosotros.

—Yo hablaba de literatura...

Y. S.—Sí, pero no hemos venido a hablar tampoco de Joyce, sino de literatura soviética. Nuestro objetivo es hacer una literatura que llegue a las masas. Y algunos de los autores que ustedes tiene en mente sólo interesan a pequeños círculos de críticos o investigadores. Sinceramente, tenemos cosas mucho más importantes de que ocuparnos: por ejemplo, desarrollar la conciencia estética de las masas; hacer que nuestros lectores comprendan cada vez mejor la diversificación de las formas literarias; fomentar las literaturas nacionales. Todo lo cual va también unido al desarrollo de una conciencia moral socialista. ■ JOAQUIN RABAGO.